

Service normal  
de emergencia

NO.  
18

# ESFORA

MICROFICCIÓN POESÍA ENSAYO CUENTO



Considerando en frío, imparcialmente,/ que  
el hombre es triste, tose y, sin embargo,/ se  
complace en su pecho colorado».

**CONSIDERO EN FRÍO, IMPARCIALMENTE... CÉSAR VALLEJO**

---

## CARTA EDITORIAL

...

La primera vez contemplé mi cadáver como todos los hombres / eran huérfanos estos ojos / de piedras pupilas. / Decido parar hoy por aquí, a su lado. / Hago como que no lo veo porque sé que se siente que lo miren a uno. / Las paredes cubrían todo, solo un atisbo de luz, / detrás una oscura sala. / Así nació mi ceguera: / Al voltear, ya no distinguía a la arboleda del horizonte. / De ahí en más cada noche una voz, / por una fuerza extraña / atrapada la imagen de ese armatoste capaz de helar o conservar la carne que alguna vez pensó y anduvo.

**Las editoras**

## DIRECTORIO

### Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

### Editores responsables de este número

Gabriela Suzán Malda  
Paula Stefany Hernández Gándara  
Valeria Alcaraz Jiménez

### Consejo Editorial

Gabriela Suzán Malda  
Marielo Regina Polo Chávez  
Paula Stefany Hernández Gándara  
Valeria Alcaraz Jiménez

### Dirección de diseño

Diana Teresa Ortega Ramírez  
Jacqueline Gallardo Contreras

### Diseño

Andrea Hernández Marí  
Carolina Aide Ramírez Lara  
Deniss Carolina Sánchez Escalante  
Janine Pamela Sosa Sánchez  
Paulina Quiroz Arroyo  
Zahira Paola Pinto Palacios

### Comunicación

Valeria Alcaraz Jiménez

### Colaboradores

Adolfo Reyna  
Antonio Rubio Reyes  
David González  
Eduardo Simeon  
Francisco Noé Alfaro Silva  
Gerardo Maceda Yoshimar  
Gleiber Alvarez  
José Eduardo Velazquez Frias  
Lilia Hernández Vergara  
Marcelo López Máran

### Portada

Camila Mata Zenteno

ESFORA, Año 3, No. 18, abril a mayo, es una publicación mensual editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, [www.espora.udlap.mx](http://www.espora.udlap.mx), [esporarevista@gmail.com](mailto:esporarevista@gmail.com). Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Gabriela Suzán Malda, Paula Stefany Hernández Gándara, Valeria Alcaraz Jiménez, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: Jueves 17 de mayo 2018.

# ESFORA

NÚMERO 18

# ÍNDICE

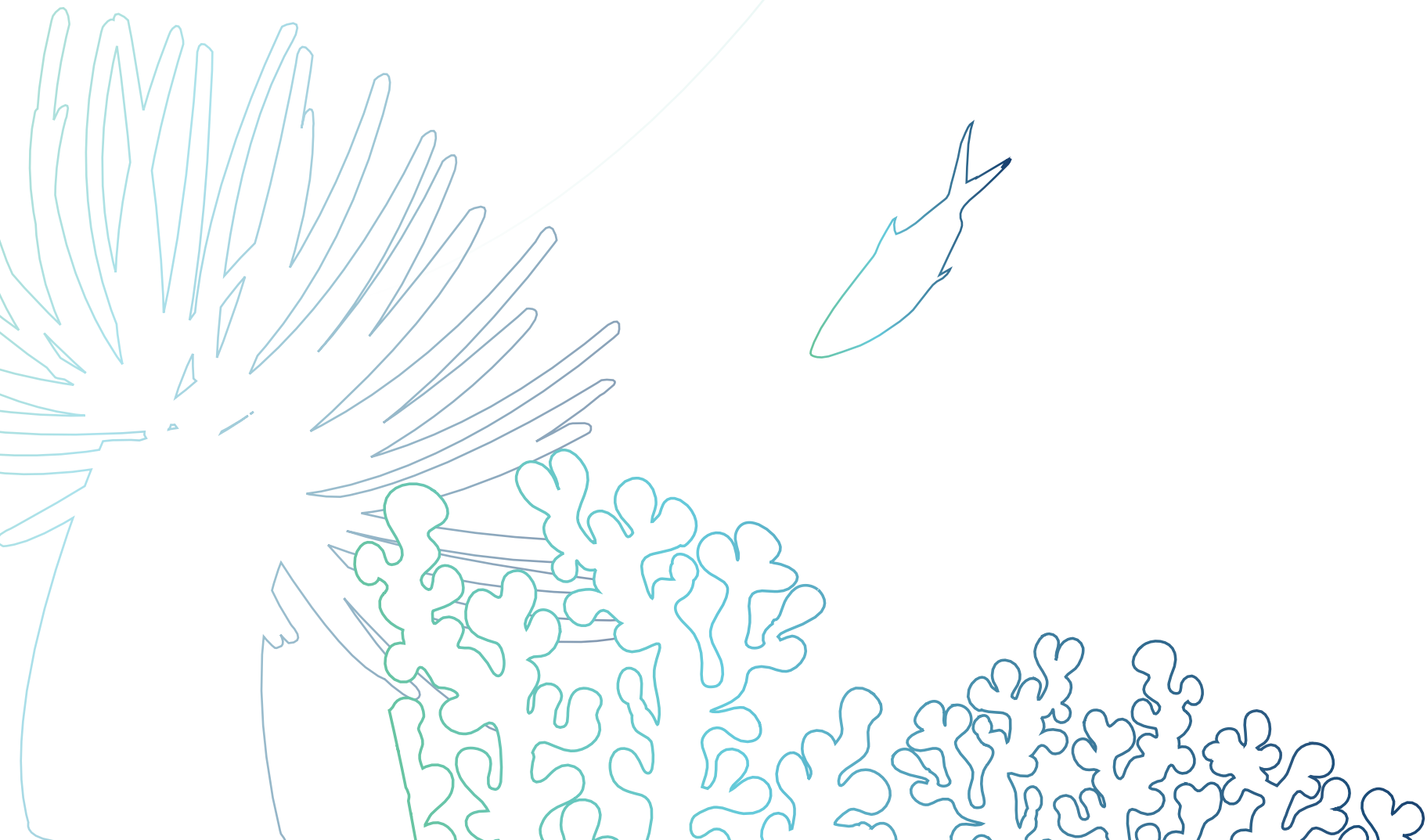
- **6** **No hay descanso en el mar**  
Yosh G Maceda
  
- **8** **Chiras Pelas**  
José Eduardo Velazquez Frias
  
- **9** **Contemplación de la violencia**  
Yosh G Maceda
  
- **10** **Acerca de la construcción  
de un puente**  
Marcelo López Máran
  
- **12** **Odradek**  
Eduardo Simeon
  
- **17** **Selección de poemas**  
David González
  
- **19** **Genealogía de ornato**  
Francisco Noé Alfaro Silva
  
- **21** **El Minotauro de Picasso**  
Lilia Hernández Vergara
  
- **23** **El encuentro**  
Gleiber Alvarez
  
- **24** **Estrella inundada**  
Antonio Rubio Reyes
  
- **26** **El héroe**  
Adolfo Reyna

**Yosh G Maceda**  
Guerrero, México  
f: Gerardo Maceda Yoshimar



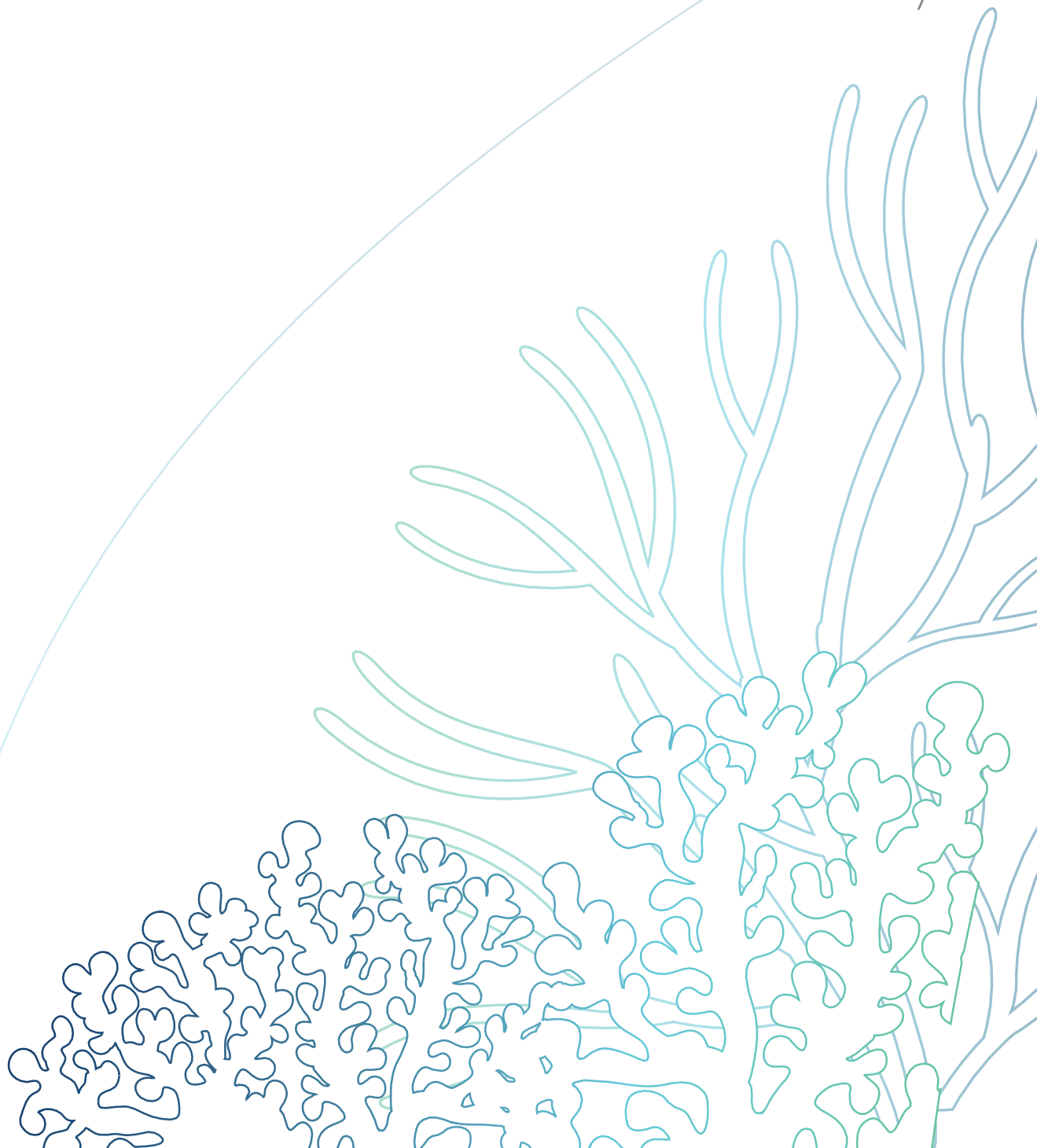
6

# NO HAY DESCANSO EN EL MAR



---

El ave hace su ritual  
antes de la caída perpendicular  
sobre el suelo de agua.  
El cuerpo se abre paso  
y el agua se grieta al peso del instinto  
abrazando el plumaje que se hunde  
con el pico que ahorca ya su presa.  
Queda la historia impregnada  
en las negras piedras que retajan esta orilla;  
la oblicua ausencia gravitando en la memoria.  
Y el hombre distraído  
alza la mirada al prometeico cielo  
que no promete nada.  
Entonces del agua surge el ave,  
impulsada por el hambre,  
batiendo al viento sus alas  
mientras una fuerza le sacude  
desde el pico hasta la cola.  
Pero el hambre es triste y fuerte,  
como triste es la piedad  
del dios que mira al hombre;  
y el hombre que mira al pez,  
que impotente, en el pico se resiste  
sin saber cómo luchar.  
Es un mar la vida del hombre  
y no hay descanso en el mar.



# Chiras Pelas

**José Eduardo Velazquez Frias**

Tonalá, México

f: Eduardo Velazquez Frias

La oblicua calle topaba con un crudo paredón que se convertía en un solo sentido. Dado el sobrepoblamiento del barrio y el creciente sembradío de fraccionamientos a la intemperie de los arrabales, la calle se tuvo que improvisar en dos sentidos de manera no-oficial, ya que la epidemia en forma de tráfico vehicular no se hizo esperar.

Por tal razón a Manuel se le ocurrió la visionaria idea de jubilarnos en los juegos de canicas y sus chiras pelas, el changais y el cero bracero, para contratarnos, a Fernando y a mí, coordinando el tráfico, con la promesa de dividirnos las coperachas que los conductores depositarían en el bote corroído, que otrora fuera de chiles envinagrados.

Nos fue muy bien como empresarios urbanos, qué lujos nos dimos; desde invertirlos en la bolsa mexicana de la rayolita, hasta adquirir las más excéntricas novedades dulceras en la prestigiosa miscelánea de doña Lupe. Pronto nos compramos el respeto de todos los niños de la manzana y parigual el amor de alguna que otra niña, como la hija de don Chon, que nunca me había concedido siquiera una mirada, hasta el día que escuchó el montón de morralla que provenía de mi pantalón. Ese mismo día aceptó mi invitación sonriendo y me la terminé llevando abajo del encino para invitarla a comer un vasolote y merendarnos un gazpacho.

Fue todo un éxito ese mal logrado intento de ser policías viales sin motos, pero sí con botes chileros. Las coperachas no paraban y los tres conocíamos de memoria el sonido que hacían las monedas al dejarlas caer sobre el bote que sostenía Manuel.

Es decir, sabíamos que un ruido seco y sentencioso, acompañado de un tenue zumbido, equivalía a una moneda de 5 pesos; un sonido agudo que reverberaba tres segundos a mitad del bote, significaba una moneda de entre 1 o 2 pesos, la diferencia estaba en la velocidad con que salía el hipo del bote; una moneda de 10 pesos causaba mas sonido en nosotros que en el bote, era una resonancia que venía a bocajarro del estómago y terminaba en una interesada exclamación de: ¡óraleess, 10 pesos! En fin, son habilidades que se desarrollan con el hambre y la avaricia infantil.

La niñez no solo terminó con nosotros, sino también con el negocio, crecíamos en cuerpo, crecíamos en egoísmo y codicia. Para ser exactos todo terminó aquel día que por primera vez, después de meses de infantiles jornadas laborales, cayó un billete de 50 al bote. No hizo ruido alguno, por esa misma razón del nulo sonido, Manuel trató de negar la existencia de aquel épico billete de tostón, y rosaditas filigranas. Todo el tiempo lo negó. No fueron suficiente los putazos, patadas, y revolcada que nos metimos; ni los forcejeos que terminaron arrojando a Manuel al barranco, hasta que llegó sin pedazos de carne a los pedregales. Nunca le encontramos el billete en lo poco que quedó de su cuerpo.

Hoy, 75 años después, ya en mi lecho de muerte, me urge ver a Manuel, para hacer cuentas. Sigo sospechando que el billete que nunca le encontramos no se perdió, sino que el muy cabrón egoísta se lo llevó.

Para comprarse lujos, que los mortales no podemos.



**Yosh G Maceda**  
 Guerrero, México  
 f: Gerardo Maceda Yoshimar

# CONTEMPLACIÓN DE LA VIOLENCIA

Al caer las primeras hojas de los árboles, cuando el cálido viento de la costa adormece las palmeras. Los gallos empiezan un diálogo de cantos, de dimes y diretes que atraviesan cercas y muros de concreto. La tierra se desgasta en polvo y nosotros en recuerdo.

Caen las hojas, no sé si muertas, pero caen por todas partes. Y yo las contemplo cansadas de ser.

En el gris amanecer de aquel otoño, el sonido de los disparos calibre .45 que atravesaron tu cuerpo a quema ropa no asustaron a los pájaros, ni los gallos cesaron de cantar. Pero los perros de la casa abandonaron la alegría y el gusto de vivir, para ser solo miserables perros. Sus ojos durmieron para no ver la oscura sangre. Sus colas no se alzaron más. Por largo tiempo esperaron que tú volvieras.

Afuera la vida aún sucede. Los árboles casi están desnudos y el viento aún mueve las palmeras. Caen las hojas todavía, no sé si heridas, pero caen por todas partes.

Y caen también los cuerpos de rodilla, antes de morir.



**Marcelo López Marán**

Corrientes, Argentina

f: marxscell

# ACERCA DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN PUENTE

10

Algún amanecer en un automóvil, bajo una niebla de lluvia, el magister y amigo Rafa C. nos refirió la historia siguiente: había una mujer de rasgos y cuna alemana, que había estudiado con Borges y Bioy, que había sabido contraer nupcias con un portentoso arquitecto de procedencia y linaje des-conocidos, que tanto más la empequeñecía a ella cuanto más se lo acercaba a él. Sea por circunstancias del camino o el caprichoso azar, pronto la historia de la mujer dio paso a la del hombre. El magister amigo nos reseñó que —entre diversos méritos colosales— la leyenda de este profesional descansaba en la construcción de un puente. Casualmente, éste derruido puente Chaco-Corrientes por el cual ahora andábamos rodando: tan grandiosa es esta obra para el imaginario mesopotámico, y sin embargo el tipo lo había planificado de punta a punta en una siesta de aburrimiento, base por base, torre por torre, ladrillo por ladrillo.

Imaginamos esa mole profunda emergiendo de repente como un latigazo gris, atravesando como herida el lomo escandaloso del Paraná.

—Es la obra de un Titán —debí decir—, el trabajo de un monstruo formidable e insensato, capaz de llevar en su amplio hombro una estructura tan compleja como ésta —debí agregar, aunque con palabras más pobres y más chuscas—.

Mi otro amigo, el Profesor de Literatura, aún entre carcajadas, coincidió con mi apreciación.

En ese instante, alcanzamos el punto más alto. A través de las ventanillas castigadas, los tres admiramos la portentosa edificación. Tan contundente y magna se sentía, que —dudamos— resultaba improbable de ser realizada hasta para un hombre con esas cualidades. Seguramente —razoné en alto— el tipo debió construirlo por etapas; sea armando el puente de pie, tobillos y media panto-rrilla en el agua, encastrando bloques, vigas y cables de acero, unos contra otros, como en un juego de tetris o de rastis; sea descansando entre tabiques, echado sobre sus espaldas, su pecho y algunas costillas altas, bañados por el sol, el agua en oleajes buscándole las clavículas; sea poniéndose de rodillas, ajustando bases, pilotes y columnas, sus más leves movimientos devastando a inundaciones las costas aledañas; sea echado pleno frente al sol, haciendo plancha brazos a la nuca, jugando a emerger y sumergir sus dedos gordos; o tomando tereré desde la boca del más grande surubí, una canoa de mallonero como termo, un tubo de cañería subfluvial a modo de bombilla; todo a su ritmo cansino de una jornada, que para nosotros podría representar algunos siglos detrás.

Al instante los tres, como en un sueño, vimos a muchos como nosotros subiendo en masa sobre el puente, avanzando diminutos, apresurados, en fila de autos o a pie, llegando al límite de la construcción y esperando se colocara el próximo bloque para avanzar, para pasarnos de una provincia a la otra. Y ante la poca celeridad del Gigante, nos vimos de pronto reaccionando como muchedumbre, profiriendo obscenidades a la madre del constructor aquél, insultos de: ¡Métele, hijo de puta! y de puño alzado, señalándolo con dedos graves y burlándonos de su calvicie intuida, pues nada más que sus rodillas podíamos ver. Y arriba de nosotros su barriga como baúl oscurecía el cielo y de ella llovía agua del Paraná, y caían cenizas incendiarias de la chimenea de algún pucho de cigarro, que allá en la estratósfera de su boca apenas se dibujaba como hilito de un avión de chorro. Pero nosotros nos bufábamos de él, de su trabajo, o lo puteábamos a sabiendas de que en sus alturas nuestras voces

serían zumbidos de mosquitos. Y su tos o su canto, o lo que el tipo hablaba tal vez para sí mismo, semejaba una batería de truenos que nos echaba por tierra como a paganos castigados por ese dios ignorante de nuestro desbando, de nuestra religión tambaleante, de la necesidad imperiosa de cruzar de ciudad.

Pero el Fenómeno construía y seguía construyendo, y así posibilitaba que los efímeros pu-diésemos hermanarnos y fuésemos a vernos el uno con el otro, y pudiésemos llevar estas historias a nuestros comprovincianos cualquier día, cualquier noche, o una madrugada de lluvia como la de hoy. Pero nosotros más lo insultábamos. Y el Coloso, acaso advertido por un carancho amigo, supo luego de nuestro incorrecto proceder, y quiso corrernos. Pero a cada paso que daba, sus piernas lo avanzaban días y nos dejaban muy detrás, así que volteaba y volvía a alejarse y lo único que conseguía era continuar arrasando Chaco y Corrientes a pura calamidad, accidentes que lo obligaban en su nobleza a recomenzar con la construcción no sólo del puente, sino de todo el lito-ral. Y así, una madrugada cansado de cosas que no entendía, el Arquitecto Titán, apenas tuvo el humor para ignorarnos, dejarnos este puente enclenque y mandarse a mudar.

Por eso, hoy cruzar el Chaco-Corrientes es una maldición. Pero en los libros sapienciales, o en las noticias de la radio local, se ha escrito o leído que un equipo de excelentes —el mejor en 50 años—, vendrá un día a trazar los planos de un puente segundo, el que todos nos merecemos por ser buenos ciudadanos y dejarnos domesticar. Con la tecnología de hoy, y la alineación de municipio, provincia y nación —esas voces nos aseguraron— hoy ya no se necesita de un Titán que nos haga el trabajo, debemos hacerlo nosotros, porque sí se puede. Y en seguida escuchamos que el pueblo aplaude y grita un sapukay fuerte, aunque ya no tenga fuerzas ni para comer. Porque el futuro —nos señalaron— finalmente llegó con ellos para salvarnos a todos los provincianos, quienes con lágrimas en los ojos hoy lo piensan, y se estremecen en la maltratada esperanza.

Pero el magister Rafa C. nos confió lo contrario: nada fue como lo intuimos y el puente fue hecho por una vasta cuadrilla de obreros pobres y peronistas que, mientras trabajaban a destajo, cantaban aquella marcha que —por un instante inmortal— los convertía en héroes anónimos, aun cuando los vientos de la derecha se encargaran de desbarrancarlos una y otra vez, como cascotes de hormigón; o un accidente librado por dioses oligarcas los hundiera en sus vidas ya hundidas, en caída libre al infierno de cemento o al hosco Paraná.

—Ya ven, muchachos, al final no era tan agradable— nos asegura el amigo magister, mientras inicia el descenso.

Pero nosotros marchamos cantando como aquellos héroes, y nos los imaginamos con orgullo, mientras la lluvia nos borrona la cara.



# ODRRADEK

**Eduardo Simeon**  
Ciudad de México, México  
f: Valentín Arcadio

Me gusta mirar los labios del pálido que va sentado en el vagón del metro. Yo me hago como que no lo veo porque sé qué se siente que lo miren a uno en plena *pachequez*. Sus dedos sostienen un teléfono celular con canciones que a su vez sostienen la mirada del pálido. A su lado hay una mujer: su mirada viaja metida dentro de un espejo, se depila las cejas. Llevan una carriola negra del siglo pasado, elegante. A leguas se ve que funciona como un adorno. Ellos están a poco de ser unos vagabundos. Decido parar hoy por aquí, a su lado.

Los trabajadores de todas las líneas del metro ya no me molestan, a menos que haya uno nuevo y en su día de entrenamiento me cruce por ahí, entonces los trabajadores viejos le explican, según ellos, mi condición. Mi aspecto nunca se detiene, cada día que pasa me vuelvo más honesto; horripilante. Apenas si me voltean a ver.

Mi camarada Tarkovsky dice que la especificidad del cine consiste en fijar el tiempo que fluye insistentemente hasta el hartazgo en la imagen. A mis camaradas de la cofradía, al igual que yo, nos pasa el tiempo como un velo indicándonos señalamientos; los objetos se vuelven la huella de la realidad, de lo que fuimos. ¿De qué forma fija el cine el tiempo? Mi camarada pone de ejemplo la mítica secuencia de los hermanos Lumiere de escasos 50 segundos donde el primer tren construido llega a la realidad. Captar el tiempo natural de tal evento es hacer cine para Tarkovsky.

El tipo lánguido lleva puestas unas gafas color rosa, de esas cuadradas setenteras que ocupan todo el rostro. Parece un travesti rockero. De su celular sale una de esas canciones de jazz que suenan en las estaciones de radio *cultas* de la ciudad. La canción lleva sonando un siglo, el tipo lánguido no lo sabe. Ahora que la escucho me parece distinta; es el marquito de un retrato de otra fotografía que no es ésta. Cada tres o cinco minutos, el lánguido descubre la carriola negra del Siglo XX para echarle un vistazo. Es la única pobre acción que sucede en este lado del cuento, que es un pedazo de otro texto... Lo imagino como un muñón que formó parte de un cuerpo más grande, y que ahora es en sí, el mismo cuerpo intentando recordar su pedazo más pequeño desprendido.

A Tarkovsky lo conocí en la escuela de Cine VGIK (Instituto Estatal de Cinematografía Panruso). Mi camarada explicaba que lo típico en la vida diaria, lo venido a menos, es el milagro en la pantalla: «Sorprendentemente, en el arte es convencional, artificioso, precisamente aquello que indudablemente forma parte de nuestra percepción normal». Esa es la razón del por qué todos los empleados de los metros de las grandes ciudades me han visto, les parezco una sencilla epifanía; aparezco donde hay un poco de neblina hecha objetos; lo cotidiano más cotidiano que se vuelve un milagro, la pantalla... Yo, en cualquier caso, estoy a favor de que el cine y el texto se mantenga lo más cerca posible de aquella vida que en un caso contrario no podríamos percibir en su belleza verdadera. No en un naturalismo mediocre.

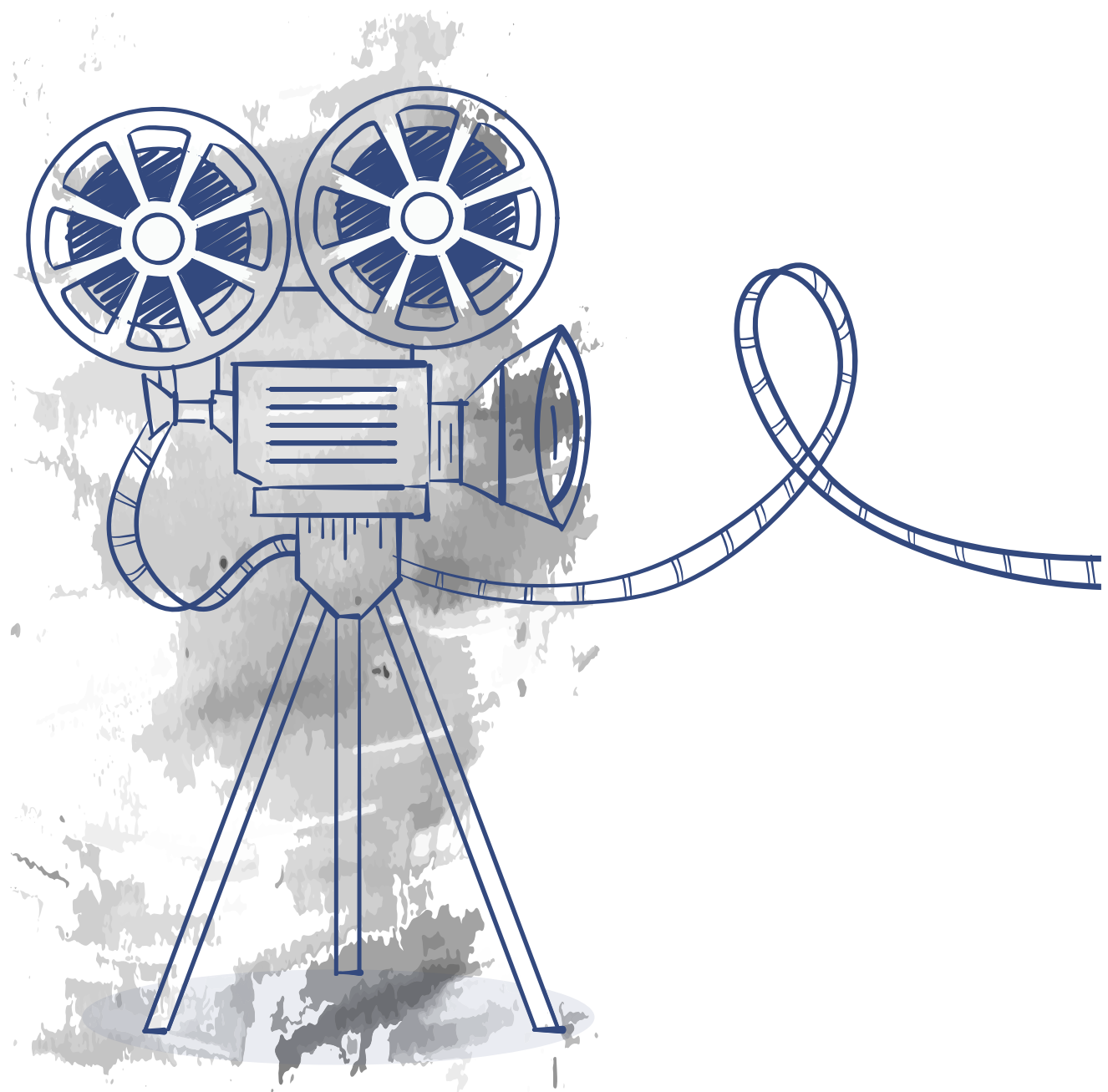
He tenido muchos rollos de película entre mis manos y todos los he olvidado; soy un ciego, un jorobado, un vagabundo, el primer tren de la historia; ¡un texto con hoyos! ¿Qué hay entre los espacios de los cuadritos que se miran sobre los metros de plástico de nitrato de celulosa? Ahora, por ejemplo, atravesamos un túnel oscuro que conecta a dos estaciones: alguien en el mundo está olvidando algo en este momento; son los túneles, esas delgadas líneas negras que dividen a los cuadritos luminosos entre sí en el rollo de película; la única peripecia a resolver en cualquier texto escrito: la ausencia en el texto.

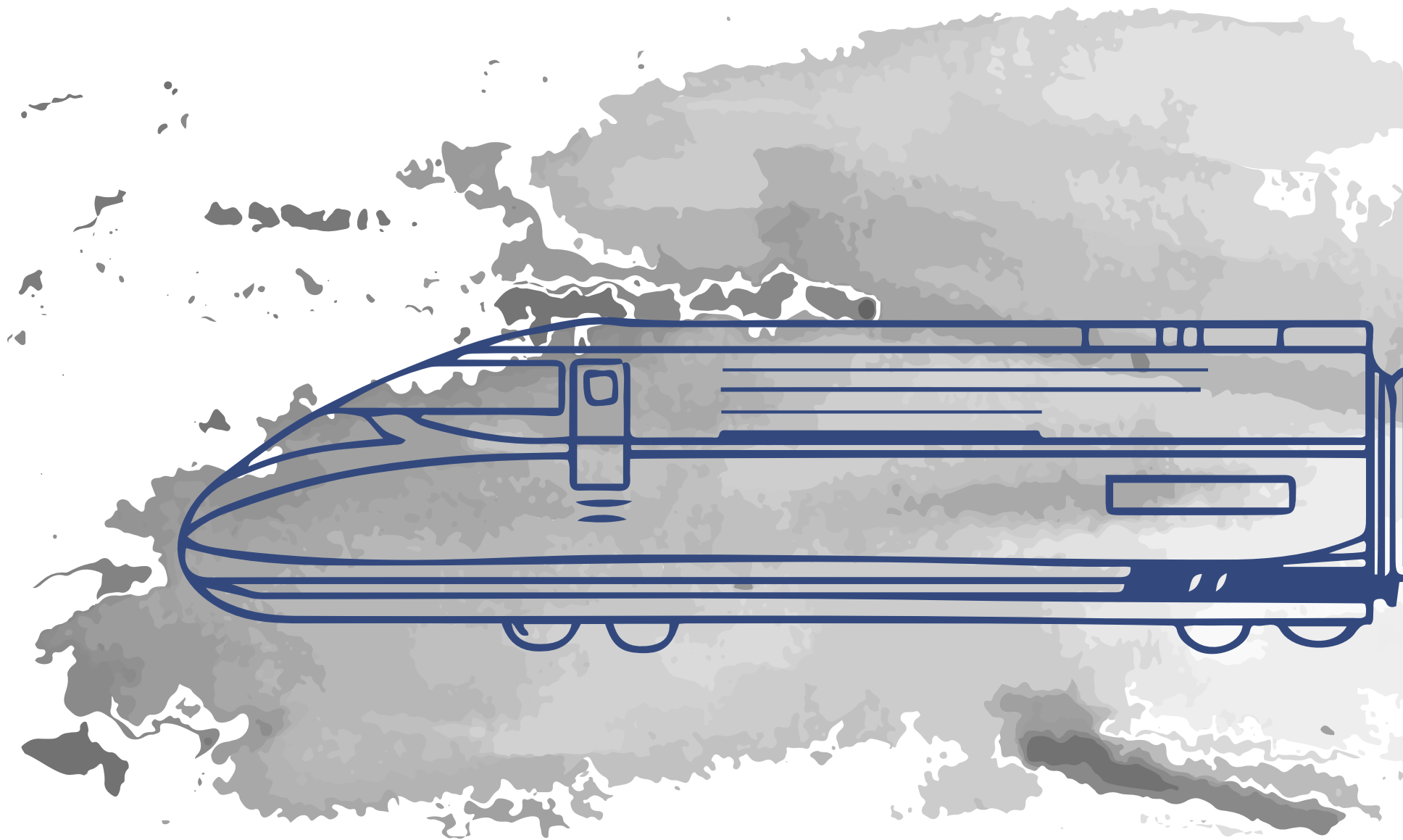
Los marquitos de las fotografías también son huellas. Si los ves, entonces puedes ser un viajero de verdad; alguien que no mira al centro. Entonces te das cuenta de tu inmovilidad. Los marquitos a los que me refiero pueden ser cualquier cosa, por ejemplo, una fecha: el 27 de Marzo de 1925; una bebida inglesa a base de cerveza oscura y limonada; un carrito de hilo casi vacío, en el cual se enrollan sólo pedazos de hilos cortados, viejos, anudados y entreverados de distinta clase y color; una película: 2046. 2046 es un lugar intangible al que se llega en un vagón de tren donde poco a poco se pierde la memoria hasta quedar totalmente despoblado, y enfatizan que ya no hay regreso.

Tarkovsky también dice cosas horribles; dice que el cine nació al mismo tiempo en que los humanos perdían su destino o su azar individual, como si la propia velocidad de las imágenes que el cine produce fueran el mismo tren que nos condujera a 2046. Entonces se iniciaba una cosa como un destino compartido o de masas.

La mujer del lánguido tiene la cara como uno de los integrantes de Kiss. Hay dos rajadas en su rostro, espanto, lleva marcas en las muñecas y en los pies. Parece anémica. La concentración con la que depila sus cejas me lleva a pensar en una posible estadía en la cárcel. Pienso que las mujeres presas se vuelven expertas en la depilación de cejas. Uno se vuelve experto en cualquier cosa cuando tiene todo el tiempo libre. Esa es la única premisa que tenemos que cumplir los que pertenecemos a ésta peculiar cofradía secreta. Nuestro lema es el siguiente: el ocio es immanente a la condición humana.

El único libro que Tarkovsky escribió se llama *Esculpir el tiempo*. ¡Vaya que sino le hizo un himno a nuestro lema! Él dice que el cine se hace esculpiendo el tiempo, como si se tratara de una estatua. He visto algunas estatuas en el mundo, pero nada comparable a las que hay en China. La estatua es una representación del Buda Vairocana, que en el budismo chino representa a *shunyata*, el concepto budista de la vacuidad (falta de algo). Todos los miembros de la cofradía tenemos que visitar la estatua alguna vez en nuestras vidas. Pienso entonces que las estatuas budistas significan la peripecia real de este pedazo de texto enmuñonado. Las estatuas de Vairocana son a menudo las más grandes del mundo. ¡Carajo! Estos camaradas artistas sí que saben de humor: hacer que lo más grande del mundo hecho por la mano del hombre sea la representación del vacío. De manera que cuando uno está en su presencia, realmente pueda sentir la falta de identidad permanente y el vacío que acompaña a la existencia condicionada: carente de ocio; gente que se comporta como una totalidad, que no intuye la ausencia; gente que no comprende la dimensión de un muñón.



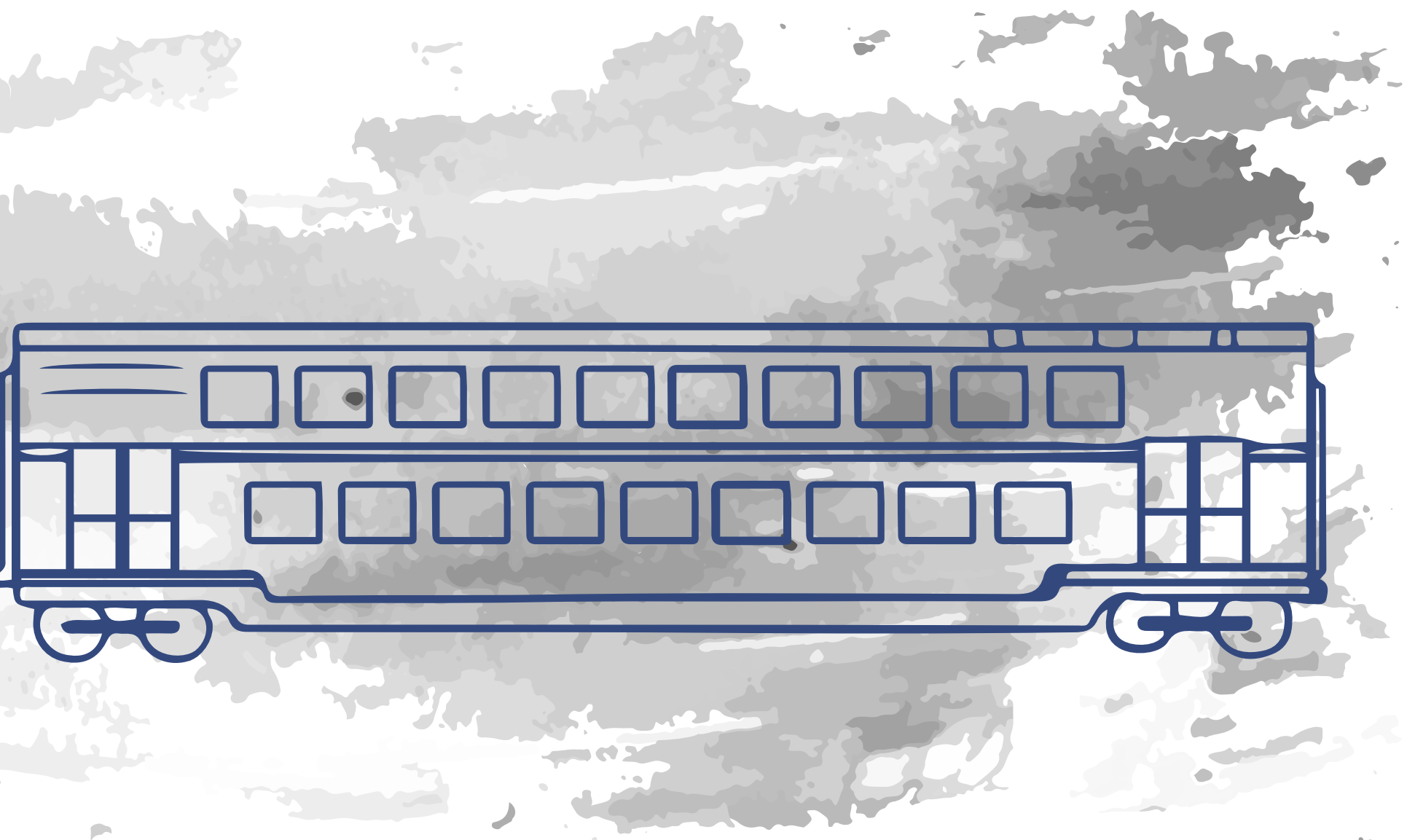


Yo dejé de fumar marihuana porque sentía que algo me perseguía, sentía una presencia que me sacaba de quicio. Tarkovsky me contó un día en Nueva York, en la única cafetería donde éramos capaces de mirarnos casi todos los integrantes de la cofradía, y que lleva por nombre *Odradek*, que cuando filmó *El espejo* también sintió una presencia: como cuando de niño jugaba a eso de encontrar a una persona en una habitación oscura. Me dijo que la sensación de entrar al cuarto y presentir a la persona buscada, pero no verla, fue igual a lo que le provocó encontrar el alma de *El espejo*. Explica que la mayor parte de las secuencias ya estaban filmadas —siempre lo estuvieron— y sin embargo no encontraba la sustancialidad de la película. Cuenta que probó más de 20 maneras distintas de hilar las secuencias hasta que por fin dio con la última: la manera en que miramos *El espejo* de este lado.

Ahora se me ocurre que, el tipo que me perseguía, era yo mismo escribiendo este texto roto y me parece comiquísimo que un Yo persiga a otro Yo, y que el que va adelante le tema al que va atrás. Won Kar Wai lo hizo en su película: *2046*, sólo que sus imágenes no dieron risa.

Tarkovsky también dijo que lo peor que le pudo haber pasado al cine fue heredar la manera de hacer literatura. Historias *lineales* llenas de clichés. Ahora que lo pienso de nuevo: Tarkovsky pudo haber sido ese tipo que me perseguía y me acosaba con la mirada cuando yo, sentado en un vagón del metro, escribía este texto en mi mente durante mis pachecas infernales.

El lánguido echa el vistazo a lo que trae en la carriola fúnebre y en un intento de descansar y probar otra postura más cómoda, acerca la carriola entre sus piernas y recuesta su brazo con el celular sobre el techito de ésta. El tipo no se da cuenta de que ahora toda la música producida durante cien años colisiona sobre el posible rostro que ahí se esconde. Su *pachequez* es tal, que tal vez ni siquiera note mi presencia. ¡Simplemente el lánguido no se da cuenta! Mi camarada hubiera estado excitadísimo si estuviera aquí, entreteniéndose con el milagro de la carriola fúnebre del Siglo XX: una paradoja que solo el cine se la pudo haber develado: la relación de lo mágico en la pantalla frente a lo típico y aburrido en lo cotidiano. Yo lo entiendo así: los humanos tenemos una peculiar capacidad para cometer infinitas inocentadas. Por ejemplo, Tarkovsky cuenta una imagen real que alguien le contó para ilustrarlo: hay un tipo que acaba de perder la pierna y está recargado en un poste, la gente lo mira con cierta morbosidad. ¡Él saca su pañuelo para taparse el muñón! Es decir, ni el mejor director de cine del mundo podría imaginar la capacidad de este hombre ingenuo para reaccionar de una manera tan absurda, fresca y estúpidamente cotidiana: ¡Tapar la ausencia!



Otro requisito para estar en la cofradía de donde vengo es el buen humor:

Había una vez un reino que se llamaba Google, éste anunció que por decreto oficial, las personas tendrían que llevar puestos unos lentes con cámara e internet. Así, las personas podrían transmitir secuencias elaboradas en tiempo real, y la gente se preguntaba: *¿Será la muerte del cine?* O al contrario, *¿sería su verdadero nacimiento?* Que las salas de cine se multipliquen igualando el número de habitantes en el reino, les parecía excitante y aterrador: porque entonces podríamos advertir cómo mira una persona y habitar sus imágenes. Entonces estarían dentro de una película de quien te ve y ese quién te ve, probablemente esté dentro de la imagen de otro que lo observa, y así hasta poder mirar todas las imágenes que existieran en el reino. Y tal vez así, sin que nos demos cuenta, llegar a 2046. El otro nombre de este texto, el chiste incómodo.

Hay una niña sentada frente a ellos, ella se dio cuenta de que los miro. Ella también se hace la que no ha visto nada. Ella también ha notado algo extraño en los labios petrificados y secos de ese lánguido. El lánguido añade un movimiento a la imagen: decide revisar su celular y pasar a la siguiente canción. El lánguido ya se dio cuenta de que yo me di cuenta de que hizo ese movimiento gracias a la mirada de la niña. Se pregunta qué hay dentro de esa mirada extraña. Yo le contesto con la propia mirada de la niña, que más que una exigencia, fue una simple pregunta a su brazo incómodo. El lánguido, a su vez, responde con un movimiento para cambiar su brazo, entonces la niña entiende: y finge no haber entendido el cambio de canción ni del brazo. ¡Ah, claro, se acaba de dar cuenta el lánguido que su música sale directamente al posible rostro que lleva en la carriola fúnebre y elegante de hace un siglo!

La mujer anémica con cara de Kiss lleva el cabello oxigenado y sus ojos frente al espejo parecen una escalera sin fin; es ociosa. Una escalera donde hay que darle prisa al paso: no parar nunca. Aunque entre cada escalón, y el que le sigue, hay una estatua del buda, que a pesar de su inmovilidad, denota velocidad. Y pienso: acabo de encontrar una artista del ocio; su movimiento constante me hipnotiza, hace que mis pensamientos tartamudeen menos.

Mi camarada y yo siempre discutíamos de lo mismo: de trenes en movimiento; que si el recuerdo es el modo más largo del tiempo... que si el presente se escurre como el agua de entre las manos... que si lo pasado es mucho más real, o por lo menos más estable y duradero que el presente... que si el peso material no se adquiere sino en el recuerdo...

El padre de mi camarada fue un poeta y un admirador empedernido del ocio. Fue uno de los fundadores de la cofradía. Siempre nos recordaba esta frase: «la originalidad de la religión griega reside en ser libre creación de poetas y no especulación de una clerecía».

El narrador del *El espejo* recita su único poema (que escribió el padre de mi camarada) en la película, cuando al espectador se le muestran *imágenes reales*: unos soldados regresan a su tierra al terminar la Segunda Guerra Mundial, han dejado el Siglo XX atrás. Encorvados, arrastran los pies, intentan caminar sobre lodo, entre neblina; sin nada que mirar a la redonda, sin que nada pase: ya sin peripecia alguna que les distraiga el ojo de la blancura que los rodea. Los soldados se van borrando poco a poco entre esta neblina blanca: todos los objetos a cuadro van diluyéndose y la pantalla se vuelve una hoja en blanco.

El poema en OFF que escuchamos entre la blancura es uno de los primeros textos que escribimos juntos. ¿Se acuerdan? Al parecer en un vagón de tren...

«[...] la muerte no existe/ inmortales son todos/ todo es inmortal/ no hay nada que temer, a la muerte ni a los 17, ni a los 70... sólo hay luz y realidad/ no hay oscuridad ni muerte en este mundo/ ya estamos todos en la costa del mar/ soy de los que recogen las redes, cuando en cardumen viaja la inmortalidad/ vivid en la casa y la casa existirá/ llamaré a cualquiera de los siglos, entraré en él y en él construiré mi hogar/ por eso en una misma mesa vuestros hijos y vuestras esposas conmigo están/ y es una para el nieto y el abuelo: el futuro...»

¿Se acuerdan camaradas?



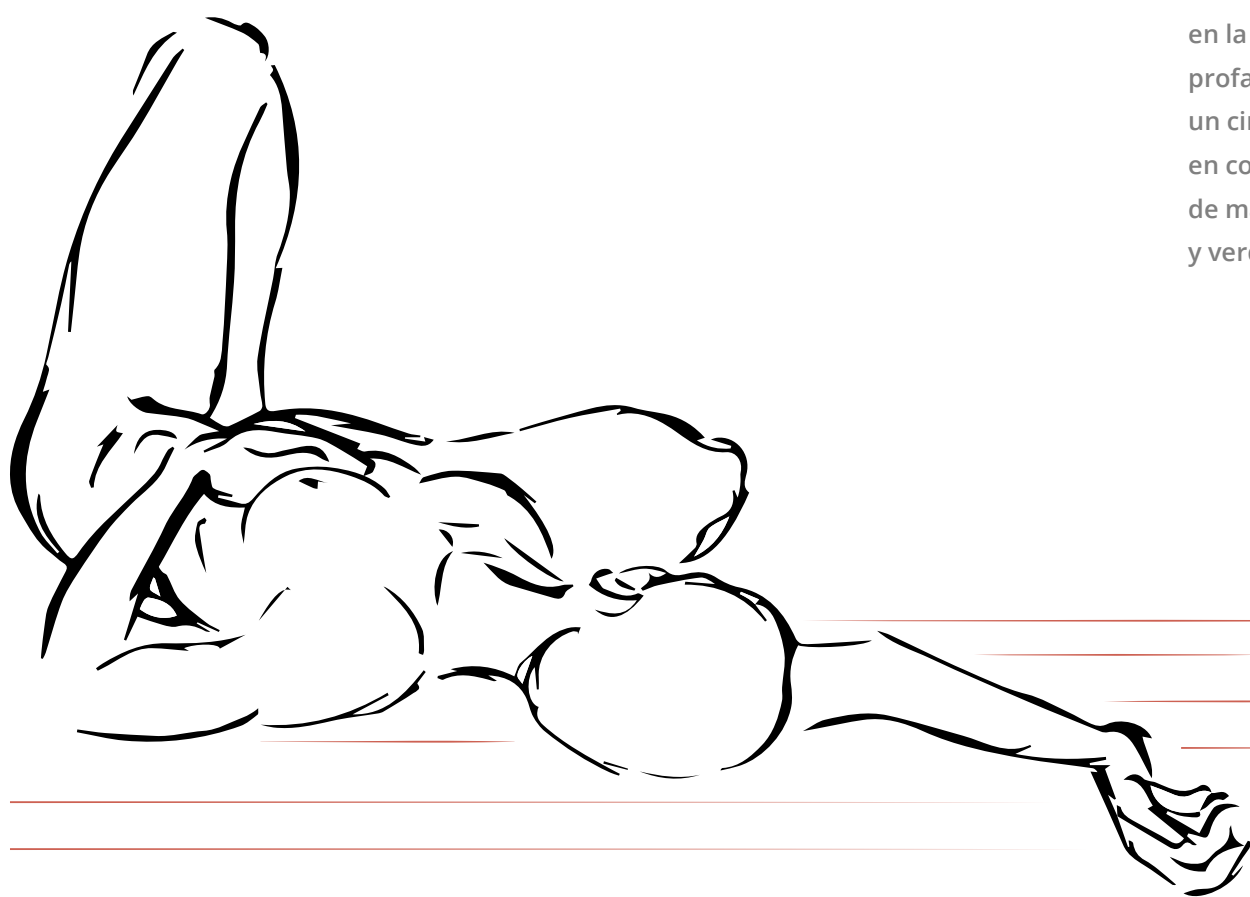
**David González**  
Viedma, Argentina  
f: Poesía de David González

# Selección de **poemas** de David González

I  
El hambre  
petrifica la memoria  
arrojo juramentos  
con la boca hecha una morgue  
sobre el sable  
y la cruz.

II  
somos  
carne de palabras  
cruzando de noche  
en la devastación  
profanando los misterios  
un circular retorno  
en comunión alucinada  
de materia  
y verdad.

17





## III

No ser nada  
de la piel para adentro  
fiable prudencia  
los pájaros  
rebotando entre  
la pelvis  
y el habla.

## IV

ojos en silencio  
su negrura  
de piedras pupilas  
dilata los relojes  
relampagueando  
los desvelos o las presencias  
aguardan se cumplan  
la teología de nuestras pieles.



# Genealogías de ornato

**Francisco Noé Alfaro Silva**

Zapotlán el Grande, México

f: Noé Alfaro Silva

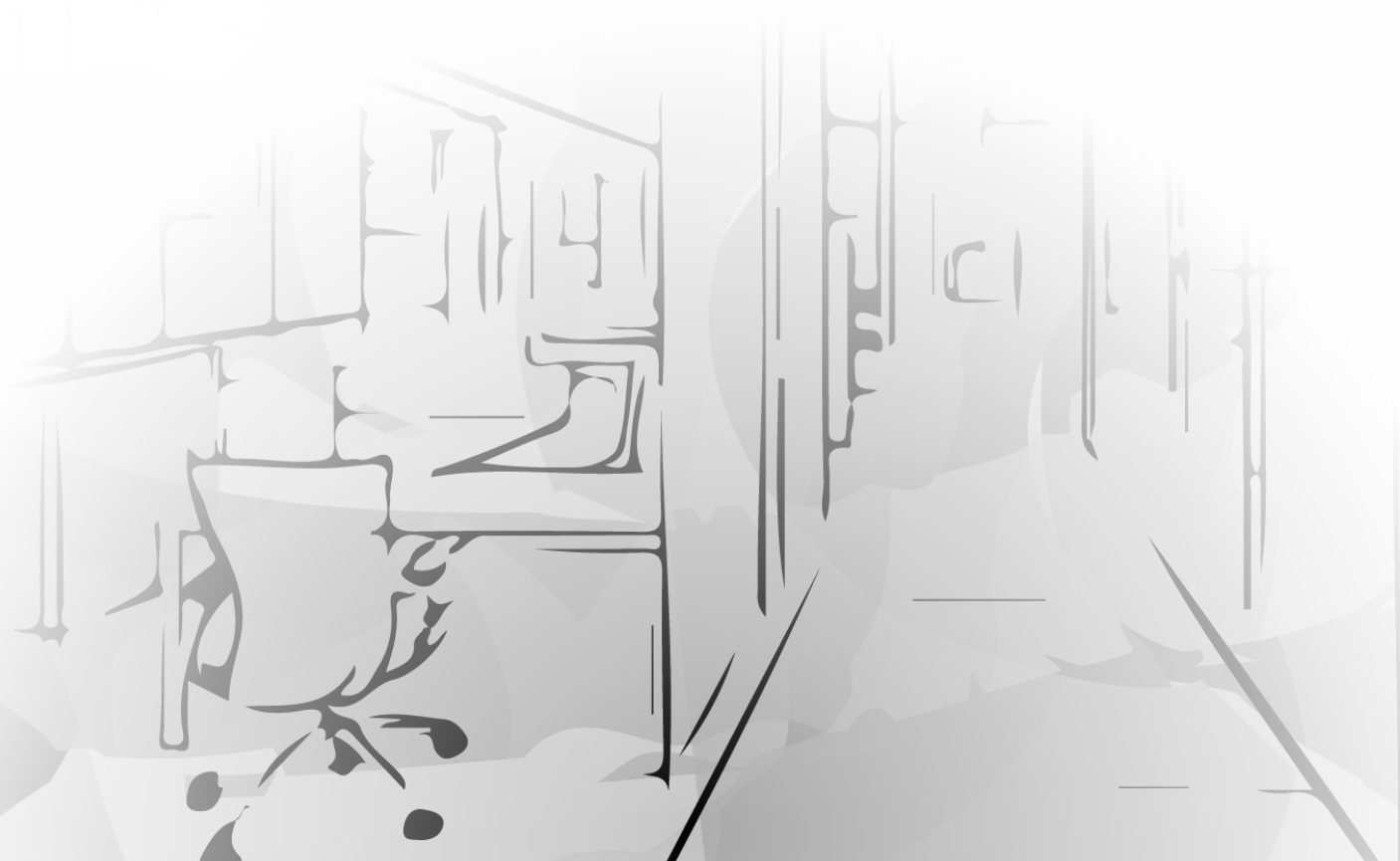
Pocos pueden imaginar el valor que un papel puede llegar a tomar en la vida. En mi caso, creo que la llegada de un sinfín de papeles me ha marcado. Esto que digo no es para menguar alguna posibilidad de quebranto emocional y mucho menos representar enfado por la actividad que realizo.

La simpleza de mi relato quizás se enfoca en la manera en que cada uno de estos documentos ha llegado a mí. Todos, por no decir la gran mayoría, fueron de origen inesperado. Su repentino tránsito hasta mis manos ocasionó en más de una vez que mi horario laboral se extendiera hasta el día siguiente. Algunos otros llegaron sin causarme el menor contratiempo hasta el punto de haber salido una hora antes.

En sí, la vida de trabajador mortuorio que he llevado a lo largo de estos años me enseñó a tener paciencia, además de no poseer apego por ninguna fecha conmemorativa. Son muchos los estragos originados por esta forma de ganarme el sustento.

Lejos han quedado los días en que la causalidad me deparaba unos cuantos desconocidos a la semana. Ahora de un tiempo para acá, mi anaquel y escritorio se han visto repletos de un follaje blanco que crece día con día a pesar de mi esfuerzo por terminar de podarlo. La exageración llegó al límite cuando trajeron el nuevo archivero con una triple capacidad para solventar el servicio, menos mal que ahora ya no se manejan las políticas de incineración documental para ahorrar espacio.

Las horas transcurren y a lo largo de los segundos me entrego a las tareas que otros no se atreven a hacer. Sinceramente, la pasión por este trabajo me brotó desde el segundo día que llegué. Aún recuerdo la hoja tipo carta que estaba encima de la bolsa grisácea. Los encomendados de llevarla hasta mí se esfumaron por la puerta corrediza y solo exclamaron que ahora pertenecía a mis asuntos. Sin más, enrolé los datos que ahí estaban inscritos a la base del computador; sin nombre, presunta edad, sexo, tez, complexión, causa de muerte, evolución cadavérica, lugar donde se localizó y finalmente número de expediente.



Una vez hecho el procedimiento de rutina, hay que depositar el cuerpo a su penúltima morada. Quizás la suerte del desconocido pueda llegar a cambiar en el lapso de la semana que a partir de su llegada empieza a correr, o si prosigue el infortunio, su destino vendrá a ser un aula universitaria o finalmente la poco espaciosa fosa de los similares a él.

Los miramientos por el gélido clima que domina el entorno ahuyenta a los que movidos por el morbo desean observar el contenido de los aparatos enfriadores. Otros tantos llegarán en busca de la respuesta a sus plegarias, y en la mayoría de los casos se marcharán con más incertidumbre con la que contaban. En el transcurso de los días, la mayoría de los inquilinos terminan en alguno de los destinos ya mencionados.

A pesar de que por ocho horas al día tengo que estar sumergido en este espacio, puedo contar con algunos momentos para recabar más información sobre la procedencia de los expedientes. Siempre he tenido la idea de que el folio es para la gestoría oficial un simple puñado de números apenas con valor estadístico.

Pareciera que el destino de ellos y el mío se ha mezclado hasta el nivel de trabajar extraoficialmente en casa. En algunos casos he quedado cerca de saber, por lo menos, el nombre propio con el que eran conocidos. En otras versiones de mis días por esta sucursal del tártaro, simplifico las versiones que llegan junto a las

bolsas grisáceas, e inicio con la búsqueda de su procedencia; puesto que no hago caso a los pareciera ser, me evoco a los archivos de personas desaparecidas, con suerte algún dato puedo recabar.

Los pensamientos me orillan a decir la verdad. El éxito no se ve reflejado en mis deducciones, creo que ni en el uno por ciento de lo que he investigado me lleva a los posibles descendientes. Parece que la estadística superó a la naturaleza humana y tal vez sea posible que estos desconocidos pudieran no haber formado consanguinidad alguna.

Los folios incrementan sus dígitos con una velocidad vertiginosa y mis expectativas profesionales me dirigen a seguir las investigaciones que no llevan a ninguna parte, además de seguir vaciando datos a la memoria artificial del ordenador; mientras que en la mía tengo atrapada la imagen de ese armatoste capaz de helar o conservar la carne que alguna vez pensó y anduvo.

La línea delgada del reloj que marca las horas me dice que ya es tiempo de salir y retornar a la segunda parte de mi vida. Por lo que resta del mediodía y el ocaso de la tarde, tendré que dejar reposar a los que indiscutiblemente se han vuelto parte ficticia de mi familia. A pesar de que al volver, muchos de ellos ya no estarán, puesto que su semana de condonación se extingue hoy y deberán de dejar el espacio para los nuevos que vendrán.



# El minotauro de PICASSO

Lilia Hernández Vergara

Santiago, Chile.

f: Lilia Hernández Vergara

La página permanecía en blanco por algunos instantes y luego tiraba algunas líneas, enajenado. Esbozaba una figura recurrente, como las imágenes que tenía en su instinto y que luego había trazado en el lienzo; un retrato obseso, hedonista y orgiástico. La iconografía minoica de Picasso, mostraba desinhibido su sexo y un cuchillo en la mano. Se diría que ese ser con cuerpo de hombre y cabeza de toro era su reflejo, el alter ego del pintor, como tantas otras pinturas en las cuales reiteraba ese animal irracional que habitaba dentro de sí mismo y al que, ni él mismo podía manejar. Miró a su alrededor y las paredes cubrían todo, solo un atisbo de luz —que le permitía ver la página blanca y esbozar sus dibujos— entraba por la hendidura de aquella puerta; detrás una oscura sala. Se aseguraba de cerrar todas las persianas y se esmeraba que no quedara ni una rendija abierta por donde le espieran sus vecinos. Le asustaban sus caras asomadas a los ventanales (tanto como sus dibujos academicistas que ilustró cuando era un niño). Siempre disfrutó esa soledad infinita en que únicamente él y los pinceles llenaban el espacio de la habitación. De vez en cuando se escuchaba algún ruido de alguien, no sabía de quién, pero ya estaba acostumbrado a que sus fantasmas se cruzaran, entraran o salieran de la casa. Un día abrió la puerta y vio colgada una figura: Casagemas, su amigo suicida; entonces palideció y cayó a la cama con fiebre, con los aparecidos que le acechaban de día; de noche nadie lo observaba, solo él mismo. Desde aquel tiempo la puerta permanecía cerrada.

En ocasiones salía y caminaba largas cuerdas hasta llegar a la Bahía, donde disfrutaba de la luz del sol y de transitar por la orilla del mar hasta que volvía a su casa. Aunque no se sentía un prisionero, a veces la angustia no le permitía respirar, la falta de aire y la soledad le conducían a cerrar todas las celosías y cubría las ventanas de oscuridad; el miedo a la luz se apoderaba de su ser. La noche era para él un deleite; se transformaba en un Minotauro ciego, que era guiado por una niña, claro está: un símbolo que lo atormentaba. Sin duda sentía temor a quedar ciego y no poder pintar las imágenes que le obsesionaban.

Las figuras de su mente no desaparecían: soldados heridos y otros personajes marginados y miserables. Su casa fue tomada, no solo por fantasmas. En la vivienda grande y palaciega, se acercaba a la puerta para escuchar las voces secretas. Sin entender su vocablo, advertía un tono agresivo y amenazador.

—¿Cerraste todas las ventanas?— preguntó alguien, detrás de la puerta que permanecía cerrada.

—Sí, ¿quién eres?— indagó Picasso, con la oreja pegada a la madera.

—Tu inspiración; salvaré a la pintura del tedio—.

A la mañana siguiente se sintió movido por una fuerza extraña que conducía sus manos, como si el pincel emancipado se moviera sobre el lienzo. Iba a pintar nuevamente un toro y no pudo. Una voz le recordó que su casa fue tomada. Miró la hermética puerta que la noche anterior creyó cruzar. —El Minotauro se encuentra bajo llave— susurraron. Se sintió encerrado en sí mismo, sin recordar desde cuándo se sentía identificado con esa figura. Tal vez toda su vida.



De ahí en más cada noche una voz lo aconsejaba, pero no podía ver su cara. Aunque asomara su ojo por el ojillo del picaporte, solo veía un halo de luz que al mismo tiempo impedía distinguir su figura con nitidez. Según él, procedía de otro planeta y le decía qué hacer. Pintó todo de azul. La soledad de los niños era azul, la miseria estaba pintada de azul, y también mendigos y ciegos fueron descritos con el color azul.

Luego fue adquiriendo el gusto por los telediarios y descifró los mensajes ocultos que estos poseían y que le eran develados. En ellos había información exclusiva para el joven pintor. Un recado aparecía pintado también de rosa y decía: «Hay peligro de que te copien tus pinturas». Un amigo a quien le mostró su descubrimiento, no pudo entender nada, vio que juntó letras de distinto lugar, que no vinculaban ningún enigma. De todas formas, su hallazgo lo llevó a cambiar de rumbo; entonces pintó todo de rosa. Pintó máscaras, arlequines, domadores y payasos; todos de color rosa.

Pasó de un estilo a otro, de una existencia a otra, de lo abstracto a lo real y del surrealismo a lo sublime. Su casa había sido tomada y la puerta tabicada, no permitía ver qué había detrás. Su morada fue invadida por naturalezas muertas: centauros, búhos, faunos y bacantes sentados a la mesa. Pero no olvidaba que tenía en su interior una figura confinada que lo arañaba por dentro para salir a la luz. Empezó a levantarse como un sonámbulo cada noche y esbozaba lo que reprimía. Pintaba toros en distintas poses mientras un arlequín de madera lo miraba sentado en una silla contigua al atril que afirmaba sus telas con Minotauros. Así se describía a su manera: cada noche dejaba salir al ser interno y extraño que no se permitía de día.

Una madrugada se levantó a pintar, miró el boceto y en tanto retocaba los detalles.

—No eres un arlequín, el arlequín soy yo—, se dio vuelta para ver quién le hablaba y vio que su escultura de bufón había atravesado la puerta. Esta ambivalencia le causó admiración y miedo, ¿acaso todavía algunos fantasmas le acechaban? En ese instante se dio cuenta que su nombre no era Picasso, con esta cuestión en mente, confundido sobre quién era y quién había sido toda su vida, en medio de su sonambulismo, se fue a dormir. Al día siguiente, decidido abrió la puerta y advirtió en su pintura: la figura de un toro dibujando a un hombre. Ya no sabía, en su borrosa existencia, qué dimensión había cruzado por esa puerta.



# El encuentro

Gleiber Álvarez

San Carlos de Austria, Venezuela

La primera vez contemplé mi cadáver como todos los hombres. Con los años, lo encontré en el mismo lugar; yacía con la antigua lozanía al cielo, aunque a unos pasos de un bosque de olivos.

Apenas vi unas escoriaciones en sus brazos y quise buscarle un mejor sitio antes de que cayese el sol.

Una pira de varios días habría sido fácil con tanto pedernal en la tierra. También pensé: *Si ya cargo con este muerto, ¿para qué complicarlo?* A los cuatro vientos solo había llanura levantando polvo y la arboleda, toda presta a lo que quisiera hacerle al muerto

Cuando lo hube tomado, quise juntar la broza para una yacija, pero lo recosté en uno de los troncos de la orilla. Y me pregunté, mirando a sus ojos, si lo trataba bien porque temía que se levantase y tentara en mi contra o porque —a pesar de las muchas estaciones, desde la última vez que lo vi, de los olivos que habían crecido cerca de él— todavía se parece a mí.

Solo escuchaba la brisa.

En la mancha que dejó en el polvo, unos destellos llamaron mi atención. Era una trinca de discos apenas más grandes que una dracma; no diré que eran iguales, porque unas líneas muy finas los diferenciaban, duros como piedras, al fondo de mis manos.

Yo no entendía, siempre lo supe sin égida y ahora estas piezas arrojaban luz a mi cara. Acaso si lo hubiese levantado aquella vez... Como no había visto nada parecido, me apresuré a envolverlos con el retal de cuero que había hallado a pocos pies. Dejé el muerto y partí.

Al voltear, ya no distinguía a la arboleda del horizonte.



Antonio Rubio Reyes  
Ciudad Juárez, México

# • Estrella inundada

1.

Los que sentimos la lluvia  
aun cuando no llueve

2.

Soy este quejido de piedras rodando  
este puñado de montañas rodando

y rodé también cuesta arriba  
de la mano de otras piedras

entonces aprendí a caminar  
igual que las montañas



3.

En tus manos iba construyendo  
la geografía del agua

y juntos aprenderíamos a soplar  
con nuestras manos

como el viento que desprende  
a los sueños del propio viento

como las manos se desprenden del agua

4.

Cuando éramos niños y arrojábamos  
estas piedras a los tenis que colgaban  
de los cables eléctricos

como queriendo colgar a la ciudad en el aire

estaban muy frías las piedras  
que sostenían nuestros pies

5.

Nunca aprendí a inventar la noche  
porque las estrellas no me cabían  
en los bolsillos

hoy tengo los bolsillos repletos de agua  
y ya me cansé de nombrar estrellas

6.

Me dejé llevar por el cansancio  
pero me distraje de todo lo que crece

así nació mi ceguera

igual que un espejo que crece entre las flores  
cuando muere la noche para dar luz a la noche

los ojos se me habitaron de fuego

ya olvidé cómo llorar sin desatar incendios

7.

Me fueron habitando  
todos los tiempos anteriores a mi nacimiento

me fui deshabitando cuando nací

eran huérfanos estos ojos  
cuando contemplaron  
por primera vez al fuego

y sufría de amnesia  
de recuerdos que no son míos



# EL HÉROE

**Adolfo Reyna**  
 Tenancingo, México  
 f: Chris Aguilar

Nos pegamos unos buenos vergazos. Yo fui quien la cagó, pero él no puso de su parte. Nos dimos un tiro de caballeros; chingadazo limpio y sin que nadie se metiera. A esa hora, quién. Como los oficiales acababan de soltarme, se lo jalaron a él, y como yo tenía mucha rabia, no hice nada. Como él no tenía la culpa, me lancé por dos bolillos, un agua y a esperar.

Los tres íbamos en la pendeja con el teléfono en las manos, pero fui yo quien levantó la mirada. Le dije: *Abusado cabrón*, pero ni se inmuto con los audífonos puestos. El carro se acercó sin bajar la velocidad. Entre el carro, el morro y yo, había una distancia de unos tres metros. Entonces, di pasos grandes, lo jalé *para atrás* y el chamaco salió volando. Sin mirar lo que había pasado, le menté su madre al chofer que ni cuenta se dio.

*Morro, morro*, le dije. *Morro, chingada madre, morro, alivianate*, y nada. Quien me conoce, sabe que si no me chingo el internet, no estoy comunicado; ni cómo hacer una puta llamada a la ambulancia. La cabeza le sangraba. *¿Qué verga?*, pensé. No sabía qué había pasado.

Seguramente la ruca me vio buscándole otra herida, porque en ese momento comenzó a chiflar desde la ventana. Seguramente no vio la nave, entonces cómo chingados lo iba a explicar todo. *Lo estabas basculeando, lo madreaste y lo estabas basculeando, culero*. En segundos, estaba todo el barrio sobre mí. Me iban a poner en mi madre si no llega la policía.

Traté de explicar en la delegación, pero no tuve suerte. La neta no los culpo, mi facha no es la más chida. *Y dale con lo mismo*, al chavito lo iban a atropellar, pero no se dio cuenta, por eso lo jale de la mochila y se ha *de'ber* dado un chingadazo en la cabeza. Neta carnal. Pero bueno, ya saben cómo son esos bienes, ni te escuchan ni te sueltan; vas *pa' dentro*. Y como la neta, por andar de briago ya he caído, sé que a esas horas ya nada se arregla.

Primero me eché una jetita. Dos horas. Me aliviané y me puse a pensar en Jessica. Como la neta faltaba mucho tiempo, me quise dormir de nuevo, pero no lo hice. De nuevo me puse a pensar en Jessica. Me acuerdo que pasaba del jale por Las margaritas. A veces estaba los martes o a veces los jueves; bebía con su boquita roja de su bebida mamona. Una vez, que la agarro saliendo con sus cuates, *chingue su madre*, pensé. Le dije: *Me late un chingo el color de tus labios*, y la muy cabrona se rió. Todos se rieron. Después de eso la vi de lejos y ella no me dejó de mirar tampoco, pero como estaba encabronado porque se rió de mí, le pinte huevos, y la muy *jija* de la chingada se volvió a reír. La siguiente vez que la vi, fue ella la que me *cremeó* y entonces nos reímos juntos. La cuarta vez me cachó haciendome pendejo por Las Margaritas, para ver si nos mentábamos la madre, y me invitó a pasar con sus cuates, pero no quise. *Soy Jessica*, me dijo con sus voz de terciopelo flauta. No me la he ligado, pero los sábados me voy para la Narvarte y coto-reamos chido.



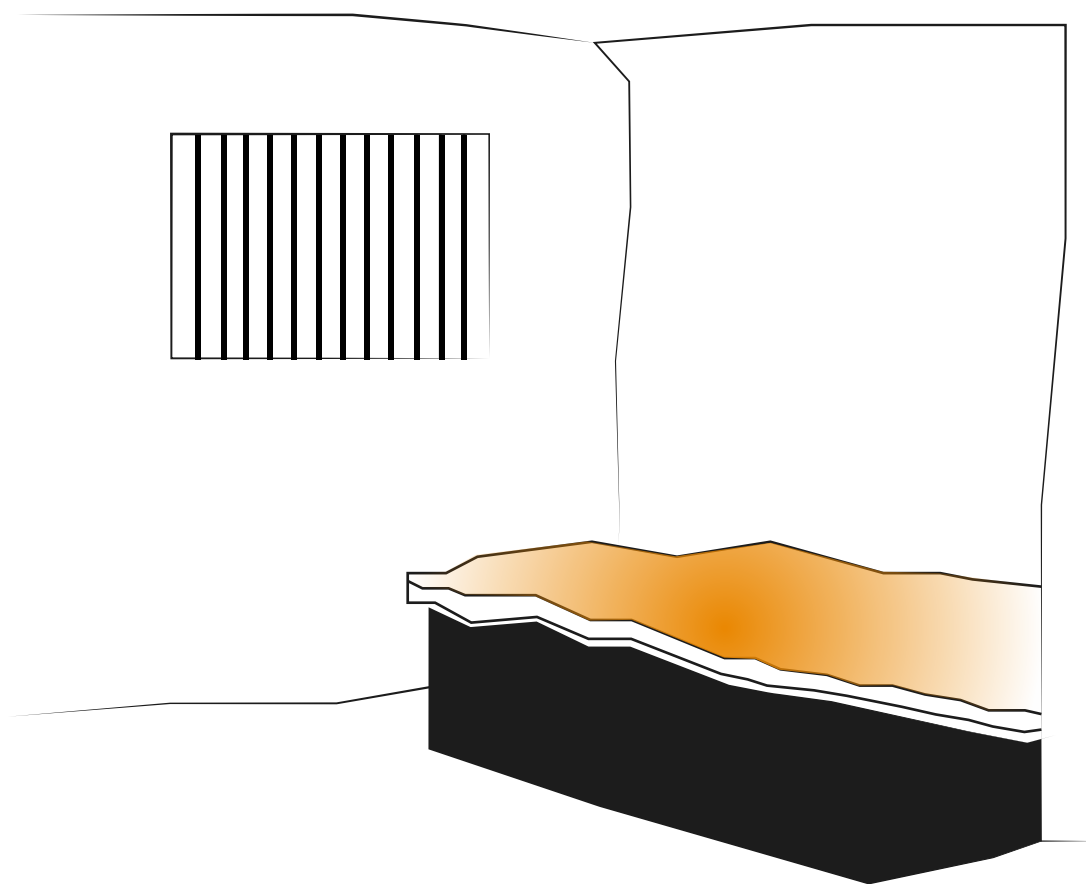
Supongo que andaba muy pensador en ella, porque de plano se me fue el tiempo. Me quedé de nuevo dormido y desperté con el chingadazo del policía en los barrotes: *Ya te puedes ir, ya despertó el morro*. Pinche morro se apiadó de mí y contó cómo estuvo el cuete. Me agarraron a eso de la 1, y me soltaron a las 9, justito cuando el chingado camión ya no pasa. Cuando me devolvieron el celular quedaba 5% de batería, entonces pensé muy bien a quién escribirle. Todos se cagaron de la risa, incluida la pinche Jessica, y antes de que pudiera pedirles paro, el chingado aparato se apagó. *Vale verga, pinche suertecita*.

Como la alcaldía está frente a la plaza, me senté en una jardinera. Me dieron las 9:30, las 10, las 11, y la neta ya andaba muy resignado. Me pasé las manos por los cabellos y los bajé hasta mi pecho, *es un cacho de la chamba a la casa*. Me fui a la vinata que estaba cerca y me compré dos cigarros. Me armé uno y cuando me iba a chingar el otro llegó un vato, *¿Rola la bacha, no carnal?*. *Vale verga*, le dije. *No te agüites, no te voy a cabu...*, no terminó de decir nada cuando me le fui a los chingadazos. Supongo que tenía ganas de sacar el coraje, porque los disfruté hartito. Entonces llegó de nuevo la tira y se lo jalaron. *Cámara, si ese güey empezó*, les dijo para que lo soltaran y el oficial le respondió: *qué pasó, carnal, no te metas con el héroe. Seguro lo querías tracalear*.

Se lo llevaron. Debí decir algo, pero no lo hice y se lo llevaron a los separos. Primero me valió madre, pero luego me dio remordimiento. Traté de sacarlo pero no me hicieron caso: *¿Qué pasó, joven, no le bastó con la noche que pasó?, de todas formas ya se fue el conciliador*.

No me podía ir. Neta, no me podía ir, además de la pena por el otro chingo, vivo lejos, ya lo había intentado, y de plano me agarró la mañana caminando. Mejor fui por una guajolota. Cuando comía pensé en aquel cabrón y fui por dos panes y se los pasaron por la reja. Pero, como soy hombre de huevos, me esperé a que amaneciera y pedirle perdón. Me eché sobre las butacas frías de la comisaría.

Lo soltaron temprano. El licenciado agarró el pedo y no lo dejó el tiempo completo. Pasaron unos minutos y lo vi por el corredor. Pensé que en cuanto me viera se pondría como pinche loco y me tiraría unos buenos putazos, pero no. Estuvo tranquilo, y fue hasta donde estaba. *Carnal, me da mucha pena, ayer estaba que me llevaba la verga. Chido, me explicaron ayer qué había pasado contigo, y aunque sí estaba bien enchilado, tuve toda la noche para agarrar el pedo. Chido, ¿Una caguama?. No mames, son las 6 de la mañana. ¿Ah, te vas abrir?. Nel*.





Las plantas llenaban el lugar formando un bosque, con feas hojas carnosas y tallos como los dedos de los cadáveres recién lavados».

**EL SUEÑO ETERNO DE RAYMOND THORNTON CHANDLER**

ESPORA